

sextopisorealidades

LA HERENCIA COLONIAL Y OTRAS MALDICIONES

JON LEE ANDERSON



La herencia colonial y otras maldiciones
Crónicas de África

La herencia colonial y otras maldiciones
Crónicas de África

JON LEE ANDERSON

TRADUCCIÓN DE MARÍA TABUYO Y AGUSTÍN LÓPEZ



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Copyright: © 2012, Jon Lee Anderson

Primera edición: 2012

Fotografía de portada
TREVOR SNAPP

Traducción
MARÍA TABUYO Y AGUSTÍN LÓPEZ

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2012
París 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
Camp d'en Vidal 16, local izq.
08021, Barcelona, España

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación
QUINTA DEL AGUA EDICIONES

ISBN: 978-84-15601-07-4
Depósito legal: M-29462-2012

Impreso en España

*Para mi gran amiga Jan Hartman, amante de
África, y de la vida*

ÍNDICE

Prólogo	11
Carta desde Liberia EL DIABLO CONOCIDO	19
Carta desde Angola PETRÓLEO Y SANGRE <i>Una de las mayores catástrofes colectivas de África ha sido producida por una guerra pagada con petróleo y diamantes</i>	41
Un periodista itinerante NUESTRO NUEVO MEJOR AMIGO <i>¿Quién necesita a Arabia Saudí cuando tenemos a Santo Tomé?</i>	71
Carta desde Liberia DESPUÉS DE LOS SEÑORES DE LA GUERRA <i>¿Puede Ellen Johnson Sirleaf rehacer su nación?</i>	95
Carta desde Zimbabue EL DESTRUCTOR <i>Un padre fundador echa a perder su país</i>	117
Carta desde Mogadiscio SOMALIA, EL ESTADO MÁS FALLIDO <i>¿Es el nuevo presidente de Somalia un aliado viable?</i>	147

Carta desde Guinea		
LA CAÍDA		
<i>El final de una dictadura del África Occidental</i>		175
Carta desde Libia		
HIJOS DE LA REVOLUCIÓN		
<i>¿Puede un ejército de chusma civil derrotar a un dictador?</i>		197
Carta desde Libia		
REY DE REYES		
<i>Los últimos días de Muammar Gaddafi</i>		229
Un periodista itinerante		
UNA HISTORIA DE VIOLENCIA		
<i>Sudán se dividió recientemente en dos países.</i>		
<i>¿Acabará así su larga guerra civil?</i>		265
Agradecimientos		295

PRÓLOGO

Nací en Norteamérica, pasé mi infancia en Asia, la adolescencia en Europa, y mis primeros años de adulto en América Latina. Todos estos continentes fueron cruciales en mi proceso de crecimiento, pero ninguno me conmovió tanto como África, donde viví un año durante mi adolescencia, una experiencia que me dejó hechizado para siempre.

Aquel año que pasé con un tío geólogo en Liberia fue mi primera vivencia de un continente sobre el que había leído mucho y que añoraba explorar, deseo que, por fin, vi realizado ese año. Viajé en repetidas ocasiones a la selva del interior, donde conviví con una comunidad tribal, los kpelle, que me dieron un nombre, Saki, que he conservado toda mi vida. Fui también al África Oriental, a la Uganda de Idi Amin y la Etiopía de Haile Selassie, y deambulé solo en los predios de Kenia y Tanzania. Era una época en la que los rinocerontes y los elefantes todavía vagaban en grandes números por unas sabanas sin límites, y en la que los kenianos negros, incluso después de la rebelión del Mau-Mau y la independencia, seguían dirigiéndose de manera reflexiva a las personas blancas como *bwana*. África estaba cambiando, pero los tiempos pasados seguían mostrando su presencia.

Pasaron quince largos años antes de que regresara a África y, cuando finalmente lo hice, en un viaje como reportero a Sudán, Kenia y Uganda, era el año 1986, yo era ya un hombre joven, y el África que había percibido de chico se había transformado de manera radical. En Kenia, se había duplicado la población y había mucha más pobreza y tensión social; había también una corrupción inmensa. En las sabanas se cazaban animales de manera inmisericorde y se levantaban cercados

para proteger a los escasos rinocerontes y elefantes que quedaban. En Uganda, donde se había vivido una violencia espantosa desde mi última visita, me encontré con la paz de los muertos y pilas de calaveras humanas amontonadas en los pueblos próximos a la capital, mientras se establecían nuevas líneas de combate en el interior. El SIDA había llegado a estos países también, y estaba en vías de diezmar la población a una velocidad aterradora. Me fui de esta nueva África entristecido por lo que había visto, con la clara sensación de que el continente iba hacia la autodestrucción, pero seguía amándolo profundamente.

A lo largo de los años, he vuelto a África muchas más veces y he visitado la mayor parte de los rincones del continente. Con el paso del tiempo, África continúa transformándose de múltiples maneras. Hay en marcha un proceso de cambio, no del todo malo, aunque, para mí, África nunca volverá a ser lo que fue. Mis presentimientos de hace veinticinco años no se han desvanecido, pero han sido atemperados por la conciencia de que en la vida todo cambia.

La herencia colonial y otras maldiciones es una antología de mi labor periodística en África realizada para *The New Yorker* durante quince años, de 1998 a 2012. Incluye diez crónicas sobre Liberia, Angola, Santo Tomé y Príncipe, Zimbabue, Somalia, Guinea, Libia y Sudán. La lista de países es idiosincrática, más un reflejo de mi interés personal en ellos que de su estatus en el acontecer del mundo contemporáneo. Liberia y Libia están representadas por dos trabajos para cada una, mientras que otras historias africanas de incuestionable importancia, que se desarrollaron durante el mismo período—Sierra Leona, Congo y Darfur, por ejemplo—no cuentan con ninguno. Hay otras anomalías. Las crónicas se presentan por orden cronológico, pero el lector observará que entre 2000 y 2006 sólo publiqué un artículo sobre África. Ese vacío tiene que ver con las guerras de Afganistán e Irak, de las que informé con exclusión de cualquier otra cosa en esa época.

¿Qué es lo que une a estas crónicas, aparte de su geografía compartida? Sus escenarios abarcan la totalidad del espacio

africano, desde las orillas desiertas del océano Índico a un grupo de islas en el golfo de Guinea, desde el río Nilo al Limpopo, y en ellos aparecen representados un amplio y diverso mosaico de sociedades, religiones, grupos raciales y culturas. ¿Qué tiene que ver la diminuta nación-isla de Santo Tomé y Príncipe con Zimbabue, o Angola con Somalia?

Lo que todos esos lugares tienen en común es la herencia colonial. Ya fueran franceses, italianos, ingleses o portugueses sus dueños en el pasado, su anterior sometimiento por un poder colonial europeo es su patrimonio común. Liberia, la única excepción a la regla, fue fundada como un país independiente por esclavos libertos americanos, pero en la práctica ha sido una colonia informal de Estados Unidos durante casi toda su historia. Sea cual sea su origen, todos han tenido que combatir para forjarse una nueva identidad nacional en la época post-colonial. Para muchos, ese combate ha sido cruento y, para algunos, todavía no ha terminado.

El gran escritor polaco, ya fallecido, Ryszard Kapuściński hablaba en sus crónicas de un África de una época distinta. Él estuvo allí durante la dramática desaparición del colonialismo, cuando las nuevas naciones africanas estaban saliendo a la luz en plena Guerra Fría. Fue un período de violencia, pero también de grandes esperanzas, en el que el continente se convirtió en un trasunto campo de batalla entre Oriente y Occidente, y en el que los distintos revolucionarios africanos eligieron lados diferentes.

El África que aquí se retrata corresponde ya a una generación posterior, un África en la que los revolucionarios armados de ayer son los líderes canosos de hoy, vestidos con trajes entallados y con Mercedes Benz a su disposición. Siguen haciendo combatientes guerrilleros que luchan para obtener el poder, pero sin las convicciones ideológicas de hace cincuenta años. En esta África, la retórica de la «liberación nacional» ha sido reemplazada o bien por reivindicaciones religiosas o

por una descarnada carrera por la prosperidad material. La China moderna, tan hambrienta de recursos, es el nuevo Gran Hermano, y desde el momento de su entrada en escena, todo en el continente parece haber salido a la venta o estar disponible para la rapiña. A la vez, las causas de muchos de los conflictos antiguos permanecen vigentes, en una forma u otra, y éstos son numerosos. Algunos son una consecuencia de la Guerra Fría, pero otros muchos tienen sus orígenes en las competencias tribales de sus respectivas sociedades. El re-vestimiento colonial los camufló pero, a la vez, terminó por exacerbarlos. Una vez libres de controles, las viejas hostilidades resurgieron para alimentar y enconar sus diferencias originales.

En 1998, veintisiete años después de que yo dejara el país, volví a Liberia para reunirme con su presidente, Charles Taylor. Licenciado de una escuela de ciencias empresariales de Massachusetts, Taylor había llegado al poder mediante elecciones, tras una terrible guerra civil que él mismo había llevado a Liberia. De algún modo, parecía ser el máximo ejemplo de hijo bastardo de la antigua unión entre Estados Unidos y Liberia.

Llegué a la antigua colonia portuguesa de Angola en el año 2000, y me encontré con un país rico en petróleo y diamantes, pero destruido, en su cuarta década de guerra civil, gobernado por un hombre al que rara vez se podía ver en público. José Eduardo dos Santos era un personaje pragmático y gris que había conseguido sobrevivir en el poder durante casi todos esos años y que, sin hacer ruido, había llegado a ser fabulosamente rico. La capital estaba tal como los portugueses la habían abandonado veinticinco años atrás, sólo que desmoronándose y abarrotada de refugiados de guerra.

En 2002, en Santo Tomé y Príncipe, la nación más pequeña y más remota de África, antigua colonia portuguesa, me reuní con su presidente, Fradique de Menezes, que daba vueltas con ansiedad a los efectos de los ingresos que los yacimientos

petrolíferos recientemente descubiertos podrían tener sobre su empobrecido pueblo. Mientras los buitres empezaban a descender, Fradique se preguntaba en voz alta sobre la posibilidad de ofrecer el territorio de su país como base naval para Estados Unidos, a fin de tener así un amigo y protector poderoso.

Tras un intervalo de ocho años, volví en 2006 a Liberia, que se había liberado recientemente de su psicópata gobernante, Charles Taylor. Encontré un país todavía traumatizado que buscaba un nuevo futuro bajo el mandato de la primera mujer líder elegida democráticamente en África, Ellen Johnson Sirleaf. A pesar de la sensación de que Liberia había sufrido daños perdurables, había un ambiente de esperanza por primera vez en muchos años.

En 2008, visité Zimbabue, un país que parecía incapaz de encontrar un futuro a causa de la incapacidad de sus gobernantes para superar el pasado. Zimbabue había sido primero colonia británica, y después se convirtió en el Estado secesionista de Rodesia, gobernado por una minoría blanca de colonos aguerridos empeñados en mantener su poder sobre la mayoría negra. La situación duró hasta 1980. Desde entonces, Zimbabue estaba en poder de Robert Mugabe, uno de los héroes de la guerra de liberación. Ahora octogenario, se había vuelto cada vez más estrafalario. Determinado a apropiarse de todas las tierras fértiles que quedaban en manos de colonos blancos, Mugabe había destruido la economía del país y, a pesar de su avanzada edad, había utilizado la violencia y el terror para mantenerse en el poder.

En 2009, pasé quince días como invitado de Sheij Sharif Sheij Ahmed, presidente de Somalia, que en aquel momento era probablemente el gobernante más débil del mundo, pues poco era lo que gobernaba más allá de los muros de su modesto palacio en la capital, Mogadiscio. Somalia, antigua colonia italiana, había sido escenario de una continuada guerra civil desde 1991, lo que le había convertido en el Estado más fallido del mundo. Más allá del recinto presidencial, un legado de los italianos, los extremistas islámicos campaban libremente, y la

mayor parte de los días podían oírse intercambios de disparos entre los soldados del presidente y sus enemigos.

Más tarde, ese mismo año, viajé a Conakry, capital de la antigua colonia del África Occidental Francesa de Guinea, para llegar a conocer a un voluble y diminuto capitán del ejército, Moussa Dadis Camara, que se había hecho con el poder mediante un golpe de Estado hacía entonces un año. En esa época Guinea no había tenido todavía un gobierno democráticamente elegido desde que obtuviera su independencia de Francia en 1958. Guinea era rica en minerales, pero Conakry mostraba poco de esa riqueza. Los contornos de la elegante ciudad colonial francesa aún resultaban visibles, pero estaba invadida por gentes sin trabajo que vivían en chabolas. La atmósfera era de tensión aguda. Sólo unas semanas antes, los guardias de Dadis habían masacrado a un gran número de manifestantes civiles en el estadio nacional.

Cuando comenzó la llamada «primavera árabe», a principios de 2011, me desplazé enseguida a Libia, antigua colonia italiana, y allí permanecí durante los primeros meses de la violenta revolución que se desarrolló en el país contra el dictador Muammar Gaddafi. Tras un hiato de unos pocos meses, volví para presenciar las consecuencias del derrocamiento de Gaddafi. Aquello significaba, sin duda ninguna, el final de una era. Gaddafi, que en sus últimos años en el poder había llegado a imaginarse a sí mismo como el «rey de África», había apoyado conspiraciones y financiado docenas de golpes y rebeliones en toda África en los últimos cuarenta años. En realidad, después del colonialismo, Gaddafi era probablemente el principal nexo de unión entre los países africanos sobre los que escribí. Había ayudado a financiar las armas y el adiestramiento del grupo rebelde de Charles Taylor a finales de los años ochenta, y también había estado implicado en Guinea, Sudán y Zimbabue. Era también promotor de la Unión Africana, que tenía tropas de pacificación en Somalia cuando estuve allí.

De todas mis historias africanas, la última, sobre Sudán, escenario de los conflictos más prolongados de África en los

tiempos modernos, es la que me ha exigido un mayor esfuerzo. He viajado allí dos veces; una en 2011, para ser testigo de la independencia del Estado secesionista de Sudán del Sur, y otra, en 2012, para recorrer los campos de batalla de las montañas Nuba, donde había comenzado una nueva guerra. Antigua colonia británica, Sudán nunca ha visto la paz plena desde la independencia, víctima de la incapacidad de sus gobernantes para tratar con criterios de igualdad a todos sus ciudadanos.

En África, cuanto más cambian las cosas, más siguen estando igual que siempre. Tres de los líderes sobre los que he escrito han tenido finales desgraciados. Gaddafi fue capturado y brutalmente asesinado por los rebeldes libios en octubre de 2011. Pocas semanas después de mi visita en 2009, el capitán Moussa Dadis Camara, dictador de Guinea, fue tiroteado en la cabeza por uno de sus secuaces durante una discusión. Sobrevivió, pero fue desalojado del poder mientras estaba en tratamiento y ahora vive en el exilio. Desde entonces, Guinea ha tenido sus primeras elecciones democráticas, y Libia, por su parte, parece andar a trompicones a través de su proceso de transición política. En 2006, Charles Taylor, que estaba viviendo en el exilio en Nigeria, fue detenido y enviado a La Haya. En 2012, después de un largo proceso, ha sido condenado a cincuenta años de reclusión por sus crímenes. En 2011, Ellen Johnson Sirleaf fue reelegida y se le concedió, conjuntamente con otras dos mujeres, el Premio Nobel de la Paz.

José Eduardo dos Santos, de Angola, permanece en su cargo, convirtiéndose en uno de los gobernantes que más tiempo lleva en el poder en el mundo. Igual que cuando estuve allí en el 2000, sigue siendo todavía un personaje esquivo, fabulosamente rico y ermitaño. Angola ya no está desgarrada por la guerra, sino que experimenta un *boom* económico que ha hecho de su capital, Luanda, la ciudad más cara del planeta, mientras millones de angoleños siguen siendo desesperadamente pobres. En el pequeño Estado de Santo Tomé y

Príncipe, la anticipada riqueza petrolera no ha llegado, y Fradique de Menezes dejó el puesto pacíficamente en 2011, al terminar su segundo mandato presidencial.

Robert Mugabe, de Zimbabue, se acerca rápidamente a su noventa aniversario, y se mantiene de forma tenaz en el poder. Sin duda alguna, morirá en el cargo. El general Omar Hassan al Bashir, gobernante de Sudán desde 1989, continúa practicando el arte sudanés de la guerra-como-política, desestabilizando las regiones periféricas de su inmenso e inmanejable país en lugar de gobernarlo. En agosto de 2012, en Somalia, Sheij Sharif Sheij Ahmed llegó al final de su primer mandato y presidió la inauguración de un nuevo parlamento somalí. Desde hacía un año, con sus enemigos en franco retroceso y la ayuda extranjera derramándose de nuevo sobre el país, Somalia había mostrado esperanzadores signos de regeneración; la transición pacífica encabezada por Sharif fue uno de ellos.

Y de este modo la nueva África continúa tomando forma y, al hacerlo, vestigios de los viejos días permanecen en su ADN. En Somalia, donde nadie habla ya italiano y todos los edificios que los italianos dejaron tras de sí han sido reducidos a ruinas, los ciudadanos comen carne de camello, pero también pasta. En la montañas Nuba del sur de Sudán, los habitantes de habla árabe cultivan la tierra y tienen cabras pero también, insospechadamente, cerdos, a los que se refieren en inglés como *Mister Pig*.

Después de unas pocas generaciones, quizá, las viejas maldiciones pierden su poder y desaparecen. Ojalá así sea.

JON LEE ANDERSON

Carta desde Liberia
EL DIABLO CONOCIDO*

En Balamah, una aldea rodeada por un mosaico de bosque y pequeñas granjas situada en la Liberia central, pregunté a un muchacho si había habido muchos muertos en la zona durante la reciente guerra civil. «¡Muchísimos!», exclamó. «¡Muchos asesinatos!» . Le pregunté entonces quién cometió los asesinatos y le nombré algunas de las facciones contendientes. El muchacho agitó la mano y asintió con la cabeza, como queriendo decir: «Todos». Le pregunté por qué, y él respondió, encogiéndose de hombros: «Mataron porque tenían poder» .

Cuando yo era adolescente, a principios de los años setenta, pasé un año en Liberia, viviendo con un tío geólogo y su familia, y visité Balamah varias veces. Allí bailé por primera vez en mi vida, con un círculo de chicos y chicas jóvenes que cantaban y golpeaban con palos las tapas de unas latas de galletas. Incluso aprendí algunas palabras de la lengua local, el kpelle, y se me dio un nombre kpelle, Saki —cuyo significado, según me dijeron, era «hombre alto»—, del que me sentía muy orgulloso. Fui de excursión a la selva más allá de Balamah buscando elefantes, y me encontré con niños que nunca habían visto a una persona blanca. Chillaban de terror al verme. También estuve presente una vez cuando pasó un diablo del bosque. Había venido a capturar niños para una de las misteriosas escuelas del bosque a las que asisten los indígenas liberianos para adquirir el conocimiento y las cicatrices rituales que les permitirán convertirse en miembros plenos de la tribu.

* Artículo publicado originalmente en *The New Yorker* el 27 de julio de 1998.

Graham Green describe a los diablos del bosque en *Viaje sin mapas*, su relato de un viaje largo y difícil a través de Liberia en 1935. «La escuela y el diablo que la gobierna son al principio un terror para el niño», escribe. «Es tan desagradable como un colegio privado de Inglaterra entre la infancia y la edad adulta. El niño ha visto al diablo enmascarado y le han hablado de su poder sobrenatural; ninguna parte humana del diablo puede mostrarse... porque podría contaminarse por la presencia de los no iniciados, pero parece probable que sea también porque el poder descubierto podría ser dañino; por eso, nadie ajeno a la escuela puede ver al diablo desenmascarado, por miedo a la ceguera o la muerte».

El diablo del bosque que llegó a Balamah cuando yo era niño llegó desde la oscuridad con un ayudante. Se anunció su entrada en la aldea con instrumentos musicales, y toda la comunidad se dispersó aterrorizada, corriendo todos a sus chozas. Se me dijo que me tumbara boca abajo y no levantara la vista hasta que el diablo hubiera pasado. Si desobedecía, me dijo mi anfitrión, una maldición caería sobre él.

En aquellos días, se llegaba a Balamah por un estrecho sendero a través del denso bosque, y sus tejados eran de paja. Ahora, una pequeña carretera de arcilla roja la une con el mundo exterior, y la mayor parte de los tejados son de chapa, pero no ha cambiado mucho más. Las paredes de las casas siguen haciéndose de barro, y todavía no hay electricidad. Pregunté por el Jefe Supremo, y se me informó de que aún vivía, pero que estaba fuera. Luego, una anciana con los pies descalzos y la cabeza cubierta se abrió paso a través del corrillo de aldeanos, extendió la mano en señal de saludo y me llamó por mi nombre kpelle. Un joven explicó en inglés que ella era la mujer del jefe, y lo que quería expresar era que se acordaba de mí. Cuando pregunté si el diablo estaba todavía allí, los aldeanos intercambiaron miradas intranquilas pero asintieron con la cabeza y agitaron sus manos vagamente en dirección al bosque. Uno de los jóvenes me dijo que era por eso por lo que Balamah estaba tan tranquilo aquel día. Los aldeanos permanecían junto a sus

casas porque se pensaba que el diablo estaba fuera, y podría pasar por allí en cualquier momento.

Graham Greene estuvo en Liberia en 1935, especulando sobre los diablos del bosque porque quería dejar de escribir ficción por un tiempo y correr una aventura en algún lugar que todavía apareciera tentadoramente en blanco en los mapas, con las palabras «caníbales» o «selva tupida». Pero parece que tenía también otro interés. Los informes del gobierno británico hablaban de espantosas matanzas perpetradas contra la población civil por el presidente liberiano, Edwin Barclay, y, al parecer, la Sociedad Contra la Esclavitud había pedido a Greene que averiguase lo que estaba sucediendo. Inesperadamente, se encontró con el presidente poco después de cruzar la frontera entre Sierra Leona y Liberia, y los dos se sentaron a charlar. El presidente Barclay estaba acompañado de un contingente de soldados y portadores de hamacas, y un gramófono en el que ponía los discos de Josephine Baker. Cuando hablaban los dos hombres, recordaba Greene, «África, encantadora, vívida y serena, se escabullía, y uno se sentía más bien en las Antillas, una actitud afable, y retórica, montones de retórica. Pero había también mucha energía: [Barclay] era un político de tipo Tammany Hall». La constitución de Liberia está modelada sobre la de Estados Unidos, y Greene le preguntó a Barclay si tenía poderes similares a los de un presidente americano. Barclay respondió con entusiasmo que su autoridad era mayor. «Una vez elegido», dijo, «y a cargo de la máquina... soy el jefe de todo el espectáculo».

El actual presidente de Liberia, Charles Taylor, es también el jefe de todo el espectáculo, y tiene, igualmente, cualidades ambiguas. Como Edwin Barclay, ha sido acusado de horribles actos de crueldad y depravación, y sin embargo —también como Barclay— tiene un gran encanto. Taylor, que fue elegido presidente hace un año, después de combatir durante siete años en una terrible guerra civil que destruyó prácticamente el país, es

un hombre cortés, licenciado en economía por el Bentley College, en Waltham, Massachusetts. Disfruta con Handel y Bach —«no Beethoven»— y su cantante preferida es Mahalia Jackson. Su personaje cinematográfico favorito es Harry el sucio. Es atlético, y se mantiene en forma nadando y jugando al tenis regularmente, y practica también ese juego tan americano que es el baloncesto.

Se conoce formalmente al presidente como Dahkpannah Charles Ghankay Taylor. Dahkpannah significa «Zo supremo», título atribuido al jefe supremo de las dieciséis tribus indígenas de Liberia. Ghankay, nombre de la tribu de la madre de Taylor, los gola, significa «Fuerte frente a la adversidad». La parte inglesa, cristiana, de su nombre, Charles Taylor, es típicamente liberiana; en el país abundan también los Buchanan, Cooper, Johnson, y Sawyer, y hace algunos años hubo incluso un general llamado George Washington. Los miembros de la clase dirigente de Liberia han sido tradicionalmente descendientes de los afroamericanos que empezaron a instalarse en las orillas salvajes de la Costa de la Pimienta del África Occidental en los años veinte del siglo XIX. Estaban patrocinados por la Sociedad Americana de Colonización, que estaba llevando a cabo una política de «regreso a África» para los esclavos libertos. Gradualmente, después de años de privaciones debido a las enfermedades y a la guerra con la población indígena, los americano-liberianos, como se les llamaba, consiguieron hacer de la Costa un firme bastión y votaron por el autogobierno. Formaron el Partido Verdadero Whig, y escogieron como lema nacional «el amor a la libertad nos trajo hasta aquí». En 1847, Liberia (por «libertad») se convirtió en la primera república de África. Su capital, Monrovia, tomó su nombre de James Monroe.

A pesar de que durante la guerra civil Charles Taylor comandaba uno de los ejércitos más crueles de los tiempos modernos, y es una creencia difundida que abusó de su poder para el enriquecimiento personal a gran escala, tiene una impresionante lista de amigos y conocidos entre los americanos

liberales, incluidos el reverendo Jesse Jackson y el ex fiscal general de Estados Unidos, Ramsey Clark. Taylor disfruta de una relación especialmente cercana con el antiguo presidente Jimmy Carter, también baptista, quien viaja frecuentemente a Liberia para supervisar los programas de «construcción de la democracia» y de derechos humanos que la fundación Carter Center dirige allí. El abogado y relaciones públicas de Taylor en Washington D. C. es Lester Hyman, un protegido de Kennedy y ex presidente del Partido Demócrata de Massachusetts. Hyman dice que cuando el presidente Clinton estuvo en África esta primavera telefoneó a Taylor desde el Air Force One y le dirigió unas «palabras de ánimo que fueron muy alentadoras». Probablemente, las palabras de ánimo presidenciales tenían que ver con los esfuerzos de Taylor por mantener la paz en Liberia. Entre diciembre de 1989 y noviembre de 1996, se calcula que doscientas mil personas murieron a causa de la guerra y el ocho por ciento de la población se encontraba desplazada. La violencia se desbordó también sobre Sierra Leona, que sucumbió a su propia versión de la pesadilla liberiana, y Guinea y Costa de Marfil se vieron inundadas de cientos de miles de refugiados. Una fuerza regional de pacificación, la Economic Community of West African States Ceasefire Monitoring Group, o ECOMOG, envió tropas, como hizo la ONU, y Estados Unidos llevó a cabo tres evacuaciones de la embajada. Durante un tiempo, pareció que el conflicto era irresoluble.

Liberia ha sido siempre un lugar difícil, pero durante la mayor parte del siglo XX se ha mantenido como uno de los países más estables de África. No había sido colonizado por los europeos, y de este modo evitó las violentas luchas por la independencia que empezaron a agitar el continente en los años cincuenta. No fue hasta 1980, cuando el gobierno fue derrocado en un golpe militar dirigido por el sargento mayor Samuel K. Doe, que se infligió a Liberia el tipo de mal gobierno abiertamente despótico que caracteriza la vida política en gran parte de África. Durante la guerra civil multilateral que comenzó nueve años después, sádicos asesinos adolescentes que ostentaban

nombres como General Fólleme Rápido, Asesino de Niños, y Huesos de Tieso, ejecutaban arbitrariamente a civiles y decoraban los controles de carretera con cabezas y entrañas humanas. Con frecuencia drogados, portadores de fetiches que creían que les hacían inmunes a las balas, y vestidos con trajes que iban desde las máscaras de meter miedo de las tiendas de baratijas a pelucas y batas de mujer, estos asesinos adolescentes violaban, saqueaban y mataban a voluntad. Muchos se entregaron al canibalismo, comiéndose el corazón y los genitales de sus enemigos asesinados para aumentar su «poder».

Los combatientes de Charles Taylor perpetraron algunas de las peores atrocidades de la guerra, y todo el mundo considera que Taylor fue elegido presidente el año pasado no porque fuera popular, sino porque la gente pensaba que si no ganaba, continuaría la violencia. Sin embargo, ahora es un portavoz de la paz, y para celebrar el primer aniversario de su presidencia es el anfitrión de la «Conferencia nacional sobre el futuro de Liberia», de tres semanas de duración, que comienza en los próximos días. Ha invitado a sus adversarios políticos nacionales, a varios jefes de Estado africanos, a cientos de liberianos importantes que viven en el extranjero y, por supuesto, a norteamericanos como Ramsey Clark y Jesse Jackson. Como preparación para el gran acontecimiento, los mercados públicos de Liberia se han visto inundados de camisetas a la venta con el dibujo de una paloma de la paz y las palabras «Dulce Liberia».

Lester Hyman dice que Taylor le recuerda a Lyndon Johnson, y cree que será un gran líder africano. Ramsey Clark admira a Taylor personalmente y señala que fue a la guerra contra el régimen represivo de Doe, que había recibido cerca de quinientos millones de dólares en ayuda militar del gobierno de Reagan. Congresistas afroamericanos, como Donald Payne, de Nueva Jersey, ven a Taylor como un vínculo entre dos países con lazos históricos únicos. «Siempre sentí que Liberia era como una madre simbólica para los afroamericanos», dice Payne. Le gusta Taylor «porque es inteligente; sabe lo que vende

aquí, y es de *allí*. Tiene conocimiento de ambos mundos». Lester Hyman dice que supo desde la primera vez que se encontró con Taylor, en 1991, que era «un hombre con el que podíamos trabajar».

La terminal del aeropuerto Roberts, a cincuenta y seis kilómetros de Monrovia, es un cascarón chamuscado, y la carretera hasta la ciudad serpentea a través de un paisaje pantanoso verde y despoblado en el que los rasgos dominantes son una larga línea de torres eléctricas sin ningún cable, y casas quemadas sin tejado. Abundantes eslóganes en los autobuses dicen: «Alégrate, la palabra de Dios es lo mejor» y «Cada decepción es una bendición». En la ciudad, que se extiende desordenadamente sobre un promontorio en la costa atlántica del África Occidental, una plétora de signos evangélicos son un recordatorio del importante papel que siempre han desempeñado los misioneros protestantes americanos en Liberia. Está la emisora misionera de radio que tiene por nombre «El amor eterno conquistando África», el Ministerio de la Plenitud del Tiempo Evangélico, la Iglesia Bautista del Agua Viva y los Ministros de Dios de los Últimos Tiempos, Inc.

Policías y tropas del ECOMOG siguen estableciendo controles por toda la ciudad. Los refugiados viven en chabolas edificadas con los restos de casas destruidas; no hay electricidad, salvo para las pocas personas que tienen generadores particulares; y el agua corriente es escasa. Los negocios de la ciudad —difícilmente rentables—, como el Survival of the Fittest Tailor Shop, y un quiosco de comida llamado Neutral Ground, han asimilado la historia reciente de Liberia. El cartel de un taller de artesanos dice: «Salón de creaciones: centro de rehabilitación para los torturados, heridos de guerra y discapacitados».

Charles Taylor vive en un barrio llamado Congotown, que limita con el océano en las afueras de la ciudad. Se ha construido allí una casa enorme, y varios de sus ayudantes viven en las proximidades. El complejo residencial de Taylor, que está rodeado por muros de cemento, tiene una capilla privada, piscina y pistas de tenis y baloncesto. Está edificado en la

ladera de una empinada colina y desde allí se domina una zona verde de matorrales que se convierte en una ciénaga en la estación lluviosa.

El presidente Taylor rara vez hace apariciones públicas, pero la mayoría de los días, alrededor de media mañana, sale de su residencia fuertemente escoltado y es conducido a toda velocidad al centro, a la Casa de Gobierno, en un convoy de docenas de vehículos: Mercedes Benz, Land Rover y camiones llenos de guardaespaldas. El arsenal que les acompaña incluye rifles de asalto, lanzacohetes RPG-7 y ametralladoras. Para todo el mundo salvo el presidente se accede a la mansión por un barrio bajo cercano, donde hay varios controles a cargo de miembros del propio servicio de seguridad especial del presidente, antiguos combatientes de la guerrilla. Armados con rifles de asalto AK-47, y frecuentemente borrachos, a menudo presionan a los visitantes para obtener dinero de ellos. Otros guardias de seguridad pasan el rato alrededor de la entrada de la mansión, muchos con guerreras marrones tres cuartos y gafas de sol, que hacen pensar en los Tonton Macute haitianos de los años del presidente Duvalier. Los que están dentro piden invariablemente la identificación y luego preguntan: «¿Tienes algo para mí, jefe?».

La mansión es un edificio en curva de ocho plantas construido por contratistas israelíes en los años sesenta. Su historia es especialmente siniestra. Allí puso en marcha Samuel Doe su golpe de Estado en 1980, matando ritualmente al presidente William Tolbert. Diez años después, Doe encontró su propio y espeluznante final cuando se atrevió a salir de la casa para reunirse con Prince Johnson, uno de los lugartenientes de Taylor, que se había separado de éste para dirigir su propia facción. Johnson torturó a Doe hasta la muerte y lo grabó en un vídeo.

Fuera del terreno cercado que rodea la mansión había una estatua que conmemoraba al soldado desconocido de Liberia. Fue destruida el pasado mayo durante un rito de purificación ordenado por el presidente Taylor para librar al edificio de los malos espíritus. Había «informaciones persistentes», dice el

obispo Alfred Reeves, uno de los altos consejeros religiosos del presidente, de que un niño había sido enterrado vivo bajo el monumento como sacrificio. «Habíamos dicho que esta mansión necesitaba ser purificada desde el asesinato del presidente Tolbert», dice Reeves. «Dijimos que tenía que ser consagrada, pero nadie escuchó realmente a la iglesia hasta que Mr. Taylor llegó al poder».

Taylor se describe a sí mismo como un hombre «profundamente religioso» y numerólogo ardiente; el siete es su número de la suerte. En consecuencia, se dividió en grupos de siete a setenta ancianos de iglesias de diversas confesiones cristianas para que pasaran una semana recorriendo toda la mansión, piso por piso y habitación por habitación, rezando y ayunando. Sin embargo, tal vez la consagración no haya funcionado. Hay un gato negro merodeando por los alrededores, lo que ha preocupado a Reeves, porque, como él mismo explica, no es un gato ordinario: «Éste es un brujo transformado en gato». Se dice que el gato saltó o desde un pequeño agujero en un cuadro o desde una estatua de la Virgen María. Aterrizó encima de un clérigo que estaba rezando y trató de arrancarle los ojos. A principios de junio, reapareció el gato negro, atacando, según se afirma, a la guardia presidencial antes de escapar de nuevo. «Es peligroso», dice Reeves. «Muy peligroso».

La ceremonia de consagración de Taylor alimentó un rumor desenfrenado en Monrovia. El chisme incluye una historia según la cual el presidente había matado a un empleado por alguna transgresión, y había llenado luego un cubo con su sangre, que se guardaba debajo de la cama presidencial para cuando Taylor quisiera bañarse en él. La comunidad diplomática está dividida en cuanto a lo que se pueda creer o no de este tipo de cosas, pero la mayoría de los observadores occidentales está de acuerdo en que Taylor es, como uno de ellos expresó, «increíblemente supersticioso y está obsesionado con su seguridad personal».

Juju, como se llama a la brujería y la hechicería en Liberia, ha estado asociada durante mucho tiempo a la cultura política

de Liberia, y sus prácticas más perversas —sacrificios humanos rituales y canibalismo— están habitualmente relacionadas con las personas que buscan el poder o con aquellos que temen perderlo. Samuel Kofi Woods, director de la comisión de Justicia y Paz, una organización de derechos humanos de la Iglesia Católica, culpa a Taylor por lo que dice es un aumento considerable de asesinatos rituales motivados por intereses políticos. Woods dice que la ceremonia de consagración difundió la idea de que Taylor cree en juju. En efecto, a principios de junio hubo varios artículos en las noticias locales sobre los *heart men*: se afirmaba que candidatos a varios cargos habían extraído y devorado corazones humanos para aumentar sus posibilidades de ganar las elecciones.

Una tarde, Charles Taylor me recibió formalmente en la cochera de su residencia, y le pregunté por los aspectos juju de su consagración. Taylor es un hombre de baja estatura y elegante, de piel cobriza, cara redonda, barba cuidadosamente recortada y el cabello tirando a gris. Se sentó en una pequeña silla tapizada con terciopelo beige y con ornamentos de latón brillante, cerca de un Mercedes sedán negro. Llevaba camisa caftán de encaje y pantalones color marfil, zapatillas de piel de serpiente con hebillas doradas, un reloj de oro con diamantes incrustados, gafas de sol con montura de oro y una gorra negra de béisbol con las palabras «presidente Taylor» sobre un galón dorado. Había una pequeña mesa junto a él, y al lado de ésta una silla campestre de plástico blanco. Sonrió y me indicó la silla: «Siéntese, querido amigo, siéntese». Sobre la mesa había un bastón de mando tallado color granate, una especie de cetro que Taylor lleva consigo. Le pregunté por él, y me dijo que estaba confeccionado con la madera de un «árbol sagrado», bajo el que no crece ninguna hierba, y que hace que cualquier animal que se acerque allí muera. Explicó que empezó a llevar el bastón durante la guerra.

Era sábado, el día libre presidencial, y Taylor me hizo saber enseguida que, para verme, había renunciado a la oportunidad de ver el partido del campeonato mundial entre Nigeria

y España. Sin embargo, parecía estar de un humor expansivo. Estaba deseoso de hablar de dinero, sobre el potencial ilimitado de Liberia para llegar a ser un país rico. A la vista de cómo van las cosas, ésta parece ser una postura poco realista, puesto que la deuda externa de Liberia es de más de dos mil millones de dólares, y el presupuesto nacional para 1998 sólo de cuarenta y un millones. La guerra hizo una mella terrible en la infraestructura del país. Las minas de hierro y las plantaciones de caucho fueron saqueadas. Los pequeños agricultores no pueden sembrar porque carecen de las semillas y las herramientas básicas. Sin embargo, nada de esto parece intimidar a Charles Taylor.

«En este país, hay oro en todas partes. ¡Y diamantes! Sólo tienes que cavar y encuentras oro», decía Taylor con entusiasmo. El presidente hizo entonces señas a un hombre fuerte que estaba de pie incómodamente al sol en el camino de entrada, a unos tres metros delante de nosotros. Taylor lo presentó como Jenkins Dunbar, ministro de Tierras, Minas y Energía. «Éste es el hombre que va a descubrirnos el petróleo, que será nuestra salvación», dijo Taylor. «¿No es así, Dunbar? ¿Cuándo va a descubrir ese petróleo? ¡Conviene que sea pronto!». Dunbar se quedó helado, se rió nerviosamente y bromeó: «Pronto, muy pronto, señor presidente. Si está ahí, ¡puede estar seguro de que lo encontraremos!». Unos veinte minutos más tarde, Taylor se dio cuenta de que Dunbar seguía de pie al sol, moviéndose sin parar, y le dijo que «buscara a alguien» que le trajera una silla. Era un día sumamente caluroso.

Pregunté a Taylor si la consagración podría ser descrita verazmente como un exorcismo. Soltó una carcajada. «Oh, querido amigo, ¡yo no diría que fue un exorcismo! No... Durante estos años, los años de la guerra de Liberia, con el derramamiento de sangre, hemos ayunado y rezado con frecuencia. Somos personas muy, muy, pero que muy religiosas, somos gente que reza, igual que en Estados Unidos. Es decir, ésa es la fuerza de ustedes. ¡Confiamos en Dios! Lo que aquí sucedió es que había todo tipo de historias sobre lo que ocurría

en los lugares altos de Liberia. ¿Sabe?, en algunas partes de África todavía hay personas que creen en los sacrificios humanos. Esas cosas son patrañas. Y por eso, después de la guerra, cuando finalmente accedimos a la presidencia, pensamos que era esencial consagrar esta Casa de Gobierno. Y el tipo de purificación debía consistir en entrar en ella y rezar y dar gracias a Dios por haber traído un presidente a este edificio».

Le pregunté al presidente Taylor si sentía alguna responsabilidad moral por las atrocidades cometidas por sus tropas durante la guerra. «Ya me he disculpado ante el pueblo liberiano, he solicitado su perdón y también yo los he perdonado», contestó. Cuando le pedí unas cifras más concretas, dijo: «Las guerras son terribles dondequiera que se libren, y suceden cosas que no se pueden justificar. A veces los acontecimientos suceden en un lugar cuando tú estás en otro. Lo importante, una vez sucede, es asegurarse de que se haga justicia». Había habido «excesos» cometidos por sus tropas, concedió Taylor, pero siempre que un delito grave, como una violación o un asesinato, había llegado a sus oídos, había ejecutado a los responsables. En cualquier caso, insistió, los cálculos de los muertos en la guerra de Liberia estaban «lejos de ser demasiado elevados; pienso que no perdimos ni siquiera a veinte mil personas en la guerra».

Saqué mi cámara para tomar una foto de Taylor, pero inmediatamente un asesor me dio un ligero golpecito por detrás y me dijo, en voz baja: «No, por favor. Si le hace una fotografía así, va a parecer un típico dictador africano».

«Taylor es como una cebolla», me dijo un funcionario del Departamento de Estado de los Estados Unidos. «Quitás una piel tras otra y crees que has llegado al centro, pero tienes que seguir adelante».

Taylor nació en la pequeña ciudad de Arthington, cerca de Monrovia, en 1948. Era el tercero de los cinco hijos de una antigua sirvienta y un maestro baptista de escuela rural que trabajaba también como aparcerero y como juez. Taylor dice que tenía unos diez años cuando percibió la necesidad de un cambio

político en Liberia, que estaba entonces gobernada por William Vacanarat Shadrach Tubman, un político aficionado a mascar tabaco que llevaba en el cargo desde 1944. Tubman era uno de los americano-liberianos que habían gobernado Liberia desde su nacimiento como nación. El tono de su piel, más claro, era una marca de distinción social, y aquellos que podían remontar su linaje hasta los primeros colonos gozaban de un estatus especial. Su cultura era una pintoresca imitación del sur anterior a la guerra civil americana: eran comerciantes y plantadores, masones, hablaban un inglés híbrido, asistían a iglesias baptistas y cantaban música *gospel*, usaban dólares americanos como moneda de curso legal y saludaban a una bandera roja-blanca-y-azul.

A todos los efectos, Liberia era la colonia bastarda de Estados Unidos en África. Liberia declaró la guerra a Alemania durante la Segunda Guerra Mundial, y los americanos construyeron el aeropuerto Robertsfield. La economía de Liberia estuvo siempre dominada por intereses americanos o unida a ellos. La Firestone Plantations Company fue la empresa más grande del país durante gran parte del siglo xx. Firestone administraba dos hospitales, veinte escuelas y la planta embotelladora de Coca-Cola. Bethlehem Steel fue socio en la explotación de la mina de mineral de hierro más grande de Liberia. El registro de barcos de Liberia, que vende «banderas de conveniencia» a las flotas marítimas del mundo, y ha sido una fuente principal de los ingresos del país, estaba y sigue estando administrado por norteamericanos.

Charles Taylor fue un decidido y combativo líder estudiantil, y después de la muerte de Tubman en el cargo, en 1971, se convirtió en un ruidoso adversario de su inepto sucesor, William Tolbert. En 1980, Tolbert invitó a Taylor a que fuera a verlo desde la escuela de Massachusetts para conversar como jefe de una delegación de estudiantes. Taylor fue, y allí estaba varias semanas después cuando Samuel Doe mató a Tolbert. Doe era de la etnia krahn. Por primera vez en la historia de Liberia, un descendiente del pueblo indígena gobernaba el país.

El continente africano es un enigma difícil de comprender para la mayoría de sus observadores externos. A menudo es analizado a partir de categorías que lo reducen a una realidad demasiado simple, o bien es visto desde un extremo que coloca el énfasis en la violencia tribal, las epidemias o las hambrunas.

En *La herencia colonial y otras maldiciones* se reúnen por primera vez las crónicas de África de Jon Lee Anderson, en las que demuestra una vez más por qué es considerado uno de los mejores periodistas del mundo. Con una valentía que raya en lo temerario, el autor se adentra en lugares y situaciones límite, de caos y violencia totales, para posteriormente narrar lo observado con una gran objetividad. Rara vez se permite tomar partido, lo cual vuelve mucho más efectivo su relato de las realidades tan complicadas que presencia. En sus crónicas desde Liberia, Angola, Santo Tomé, Zimbabue, Somalia, Guinea, Sudán y, por supuesto, la Libia de los últimos días de Muammar Gaddafi, Jon Lee Anderson consigue acceso directo a las más altas esferas del poder, revelando a sus lectores de qué están pobladas las mentes de los líderes, incluyendo a algunos de los más sanguinarios dictadores. A la vez, se da el tiempo de conocer el relato del hombre común, para lograr darle voz a aquellos que invariablemente padecen los excesos de los tiranos y de las encarnizadas luchas políticas.

El resultado es una síntesis que hace justicia a lo que ocurre en un continente tan fascinante como complejo, plagado de sutilezas y matices. La mirada aguda sobre África de Jon Lee Anderson está muy alejada de los estereotipos que comúnmente se le asocian en el mundo occidental.



sextopiso**realidades**

